



LO UNICO SUYO



Por J. C. Rojas

Para los camaradas Luis N. Morones y
Eduardo Moneda, muy fraternalmente.

Sobre las sinuosas faldas de las montañas cubiertas de cactáceas y que forman una estrecha cañada, se levanta el pequeño caserío cuyos habitantes viven del trabajo de la mina, que abre su negra boca en un recodo de aquellos cerros cuyas entrañas son de oro y plata.

Son las cuatro de la tarde.

De la mina, que se encuentra en bonanza, salen los trabajadores en grupos.

Con los ojos entrecerrados porque la luz del sol les molesta, ya que han permanecido muchas horas en la semioscuridad, se sacuden la ropa, los cabellos y el sombrero. Se dirigen a la puerta de salida, donde sufren el registro más meticuloso por parte del portero, a fin de evitar que se lleven alguna partícula de metal. Una vez afuera, se dirigen a la más próxima cantina, donde entre risas y bromas apuran sendos tragos de mezcal "para lo cansado." Si "no se les pasa," se van después a sus casas a cenar. De lo contrario continúan tomando copas y más copas de cuanto brebajo pueda embriagar. Una vez borrachos se tornan más espléndidos y piden cerveza de todas las marcas habidas y por haber. Si acierta a pasar alguna murga, es llamada inmediatamente, y se le ordena tocar "hasta que San Juan baje su santo dedo." Entonces el fonógrafo es reemplazado por la orquesta callejera, a cuyos sonos aquellos hombres sienten crecer su entusiasmo; brindan y beben y arrojan a la calle las botellas ya vacías como si fueran colillas de cigarro. Y siga la música. Nadie puede saber si al día siguiente lo sacarán hecho pedazos de entre la mina. Además, ¿qué le van a

contar a los diablos cuando se mueran y vayan a dar con ellos? Nada; ¡hay qué gozar de la vida!...

De pronto dos hombres comienzan a disgustarse porque cada cual se empeña en pagar las cervezas y ninguno admite que sea el otro quien pague.

La discusión toma caracteres alarmantes, y un grito estentóreo se oye:

—¡Yo soy tu padre, hijo de...!

—¡"Pos" yo no vengo a ver si puedo, sino porque puedo vengo! ¡Y al que no le guste el fuste... ya sabe: que lo tire y monte en pelo!

—¡Vente p'ajuera, pa que no stés creyendo que los pericos maman!

Y salen a la calle. Armados de piedras descomunales o de cuchillos enormes, traban la pelea. Los demás tratan de apartarlos, pero los rijosos, empeñados en demostrar cada cual que es "más hombre" que su contrario, no hacen caso de los tirones que a guisa de invitación a seguir tomando, les dan los otros. Por fin, uno de los contendientes cae, ya sea de una pedrada o de una puñalada, y el otro, con orgullo de gallo giro lanza un sonoro quiquiriquí.

—¡Aaaaay... ¡jijos de la...! ¡Y no les apago el sol de un... suspiro, por no dejarlos a oscuras! ¡Porque las puedo las cargo, si no ni las arrastrara! ¡Verdá de Dios santito!...

Se quita el sombrero, se echa el pelo hacia atrás, vuelve a ponerse el sombrero de lado, y contoneándose orgulloso se dirige a los músicos:

—¡A ver, "máistros," tóquenme "Sobre las Olas"!...

—Son ya catorce piezas —dice

el director de la murga tímidamente.

—¡No li'hace! ¡Aquí traigo pa pagarle hasta la risa! ¡Y si no lo quiere crer a oscuras prenda un cabito de vela!... ¡No vengo por hambre, ya la traigo!

Saca un puñado de monedas y las arroja sobre el mostrador de la cantina.

—A ver, tú—dice al cantinero— venga más cerveza pa que tomen los hombres! ¡Y pronto, porque "ora" tengo ganas de matar un chivo pa tenderme la zalea! ¡De veras que amarga l'agua; será lo verde del guaje!

El cantinero sirve al cliente con toda rapidez mientras la orquesta despedaza el hermoso vals de Juventino Rosas. Siguen tomando hasta que unos, completamente ebrios, quedan tirados en un rincón; otros en la calle, y los demás son echados a empujones por el cantinero que va a cerrar. Los que aún pueden tenerse en pie se dirigen a algún baile, o se pasan la noche cantando en la calle.

Y esa, con poca diferencia, era la vida de aquellos hombres que con un infinito desprecio a la vida, se introducían diariamente a las entrañas de la tierra para arrancarle el oro y la plata, que en su mayor parte iba a parar a las nunca repletas arcas de los propietarios de la mina.

Los mineros beben mezcal porque lo consideran un antídoto contra la terrible silicosis, que se apodera de ellos debido al continuo respirar gases mefíticos y polvo a todo pasto. Bebiendo mezcal no hacen sino facilitar la tarea a los microbios que les roen los pulmones. Pero entre los paraísos artificiales del alcohol, llegan a sentirse casi felices, viviendo en sus